

De la Constitución y el 349. Ambigüedades y –valencias

Vladimir Peraza Daumont • Cuba

“...el ‘problema ideológico’ más grave que se nos presenta con relación a la cultura, es (precisamente) la falta de cultura.”

Abel Prieto.[\[1\]](#)

Toda Cuba se encuentra inmersa en la ¿discusión? del proyecto de Constitución, que, sin dudas, se aprobará en referéndum el próximo año 2019. Será entonces la segunda Carta Magna dentro de la Revolución y la tercera en menos de ochenta años, contando la de 1940 y la de 1976. Realmente no ha habido debate porque se crearon las condiciones para que cada cual expresara su criterio sin cortapisas. El ejercicio democrático solo se revalidará, si la mayoría de las ideas recogidas figuran en el texto que será finalmente sometido a votación. Y se han vertido muchas ideas, que no aluden solo al artículo 68.

El 44% de los artículos que propone la Nueva Constitución, después del enunciado principal, remiten directamente a la elaboración de un cuerpo legal posterior al voto. Las frases, “La ley regula...” “La ley establece...” “La ley determina...” Conforme al procedimiento previsto en la ley...” “El acatamiento a las preceptivas establecidas en la ley...” “Normas fijadas por la constitución y las leyes...”, se repiten en 98 de los 224 artículos. Puede decirse que esto es perfectamente normal, que una carta magna es una guía de máxima generalización para el desenvolvimiento subsecuente de la legalidad y que, de un modo u otro, todos sus artículos implican un reacomodo legislativo o reglamentario posterior a su aprobación. Esto, además, resulta apropiado, ya que se privilegia a las leyes y no a los decretos.

Pero hay aspectos que, en última instancia, delegan mucha responsabilidad legal al voto de los diputados de la Asamblea Nacional[\[2\]](#), no al sufragio universal. Por ejemplo: En el Título III; el artículo 37 remite a una ley posterior, las causas que implicarían la pérdida de la ciudadanía. No hay nada máspreciado para cualquier cubano que ser reconocido como eso, como ciudadano cubano y los motivos que puedan generar la pérdida de esa condición deben ser aprobadas por la mayor cantidad posible de ciudadanos[\[3\]](#). Otro ejemplo está en el Título X, Capítulo IV, Artículo 219. Es necesario establecer, en el propio cuerpo del artículo, precisiones relativas a la futura ley que determinará el acatamiento de los derechos y deberes constitucionales que serán, o no serán, reconocidos en situaciones de desastre.

Podríamos encontrar otras ambi-güedades y -valencias. Resulta que los cubanos queremos tener la mejor constitución del mundo, para estos tiempos y, sobre todo, para los nuevos tiempos... que vendrán. ¿Y el 349?

El Decreto No. 349/2018, “Contravenciones de las regulaciones en materia de política cultural y sobre la prestación de servicios artísticos”, deroga el anterior No. 226 del 29 de octubre de 1997, “Contravenciones personales de las regulaciones sobre prestación de servicios artísticos”. Obsérvese que el de este año 2018 es mucho más amplio, pues regula aspectos que se relacionan directamente con la política cultural[4] de la Revolución. Pero un decreto del Consejo de Ministros no forma parte del articulado de la Constitución. Estos no tienen que aprobarse en referéndum ni ser sometidos al escrutinio público. Como dije anteriormente, en última instancia, sólo la Asamblea Nacional puede modificarlos o derogarlos. De ahí la responsabilidad que adquieren los diputados cuando son convocados a aprobar, modificar o derogar las leyes. La constitución es la que autoriza, la que posibilita, el manto legal de los decretos. Debido a eso, en el “Por tanto” del decreto 349, puede leerse: “El Consejo de Ministros, en el ejercicio de las atribuciones que le están conferidas en el inciso k del artículo 98 de la Constitución de la República de Cuba, decreta...”

En la Sección segunda del Título V de la Constitución de 1940, el artículo 47 plantea que “La cultura, en todas sus manifestaciones, constituye un interés primordial del Estado...” También se refiere a la libertad de la expresión artística y la publicación de sus resultados. En el Capítulo V de la Constitución de 1976 el Artículo 39 establece que “El Estado orienta, fomenta y promueve la educación, la cultura y las ciencias en todas sus manifestaciones...” Después anuncia los 10 postulados a los que se atiene. En el inciso ch, plantea que “es libre la creación artística siempre que su contenido no sea contrario a la Revolución. Las formas de expresión en el arte son libres...”

En la Constitución que será aprobada el próximo año, el Artículo 90 declara que “El Estado promueve la cultura y las distintas manifestaciones artísticas, de conformidad con la política cultural y la ley.” Lo novedoso en este caso es que aparece en el Título III, dedicado a los derechos sociales, económicos y culturales. Además, porque se refiere rotundamente a la política cultural. Y digo novedoso porque su enunciado es muy similar al que aparece en las constituciones anteriores, pero en los capítulos dedicados específicamente al arte y la cultura. Es una muestra de que, la nueva Carta Magna, considera el arte como un derecho humano.

Ahora bien, en la nueva constitución, el Título V[5] se llama “Principios de la política educacional, científica y cultural”; y tiene un sólo artículo, el 95, que dice: “El Estado orienta, fomenta y promueve la educación, las ciencias y la cultura en todas sus manifestaciones.” Después once incisos se concretan. El h,

nos asegura que “la creación artística es libre y en su contenido respeta los valores de la sociedad socialista cubana. Las formas de expresión en el arte son libres...” Aquí se repite la misma ambi-güedad y -valencia del artículo casi idéntico de la constitución que hoy está vigente. Primero, habría que definir lo que entenderemos por valores de la sociedad socialista cubana. Y es que los valores, como la moral, se modifican, no son los mismos valores presentes en la sociedad socialista cubana que vivió la Crisis de octubre, a los valores de la sociedad anterior a la de la Crisis de los noventa, o a la actual. Valores de la sociedad es demasiado amplio, su sentido va mucho más allá de la cultura[6] y mucho más allá de la política cultural que es, al fin de cuentas, la esencia de ese artículo. Además, yo me siento incapaz de entender, en esta época, la relación contenido-forma en el arte. Posiblemente esta interacción muestre todo su esplendor dialéctico en el arte clásico y hasta en el moderno clásico (valga la redundancia). Pero después de *La rueda de bicicleta*[7] o más aun, después de *La Fuente*[8] de Marcel Duchamp, no sé... no puedo. Propongo que ese inciso quede escrito así: “Las formas de expresión y la creación en el arte, son libres, siempre que no se opongan a la política cultural de la Revolución.” De este modo, la narración referente a los derechos sociales, económicos y culturales es congruente con la narración de este artículo. Y también, es coherente con el Decreto 349, teniendo en cuenta que su entrada en vigor coincide con los últimos suspiros de la actual constitución y la cercana natividad de la nueva.

Lo que me resulta extraño del “Por tanto” de este decreto, es que el amparo constitucional sólo puntualice las atribuciones que le confiere el Artículo 98 y no el edicto que le otorga el Artículo 39, inciso ch; de la Constitución vigente.

En una carta abierta que la periodista Fabiola Santiago le escribe a Robert de Niro y publica el 8 de octubre de este año 2018 en *The Miami Herald*, ella le dice que “...el decreto 349 (...) es el fin del arte cubano como lo han conocido los estadounidenses últimamente...” Esta acción se suma a una feroz campaña enemiga que pretende asociar el decreto a prácticas de cooptación y censura en la creación artística. Nada más lejos de su espíritu y perfectible letra. Después de leer la carta, no sé qué puede haber pensado el afamado actor, sobre todo porque en días recientes pudo disfrutar muy buen arte cubano, de todas las manifestaciones[9], en el Kennedy Center de Washington. ¿Pero la algarabía se debía al recibimiento ofrecido al Presidente cubano en el “Dakota”? ¿Será que de Niro critica a Trump y elogia a Díaz-Canell? Puede ser que la autora cuando dice “estadounidenses” se refiere a los que viven en Miami, pero Estados Unidos es mucho más que esa ciudad y mucho más que el estado de Florida. Con relación a Cuba todo se politiza. Y es que ahora, según Fabiola, los artistas, investigadores y críticos de arte, cubanos, sí tenemos que tomar partido. O perteneces al bando de los que apoyan el decreto 349, o al bando de los que están en contra.

Cuando lees el texto publicado en la Gaceta Oficial de la República de Cuba el 20 de abril de 2018, enseguida dices: Está duro. Sí, muy fuerte. Por mi mente pasaron *Fuera de juego* de Heberto Padilla, *Decálogo del apocalipsis* de Ramiro Guerra, *Alicia en el pueblo de maravillas* de Daniel Días Torres y otros, muchos casos donde el estalinismo más feroz o el surrealismo más real, hicieron mella. Para que no haya confusiones, expreso claramente: Estoy a favor, pero está duro y hay que buscar soluciones complementarias que nos permitan aplicarlo consecuente y adecuadamente.

Hay aspectos que los veo muy bien redactados. Por ejemplo, lo relacionado con el llamado “arte independiente” y los patrones para regularlo. A eso alude el inciso a, del Artículo 2.1. ya que plantea que cometerá una contravención, “...el que apruebe o permita la realización de servicios artísticos (...) sin que dichos servicios hayan sido aprobados y contratados por la institución cultural a que corresponda la prestación de estos...” Este acápite obliga a todos los organismos, instituciones, sean de la cultura o no, incluso personas, a contratar los servicios artísticos a través del sistema de la cultura. Se garantiza de ese modo que sólo se contraten colectivos, proyectos y artistas, aprobados o evaluados, es decir, que ya ingresaron al sector.

Este fenómeno tiene muchas aristas. Algunos de estos virtuosos “independientes” no tienen estudios académicos superiores ni se formaron en las escuelas nacionales de arte o de instructores, pero otros sí. Además, no podemos obviar la relevancia que ha tenido el autodidactismo en la historia del arte cubano. Por la reducida matrícula y también porque se les exige llegar muy “preparados” a las pruebas de aptitud, muchos aspirantes, con enorme talento, no ingresan en las escuelas de arte. No obstante, el que va a ser artista, lo será con academia o sin ella. El estado debe proveer las condiciones para que esos talentos puedan desarrollarse. El sistema de casas de cultura, y su trama de promotores, no es suficiente; no cuenta con adecuadas condiciones materiales ni con programación o promoción, efectivas.

El movimiento de artistas aficionados puede ser un vehículo eficaz para encausar esa pléyade artística no profesional. Además, todo el sistema de festivales que este movimiento genera, debe ser cantera de donde surjan los nuevos profesionales sin academia. Desde luego, ser artista implica mucha preparación y esfuerzo, pero la dicotomía aficionado-profesional solo tiene sentido en la escena. He visto espectáculos muy profesionales realizados con niños, aunque sus intérpretes no estén profesionalizados^[10]. También he visto otros que dan pena. Y, desde luego, espectáculos aficionados con artistas profesionales. La jerarquía debe estar en el resultado artístico, en la obra. No importa si el creador es joven o viejo, negro o blanco, del entorno rural o urbano, distinguido o ignorado, aficionado o profesional.

Desgraciadamente, proliferan talleres y eventos cuyos especialistas tienen una formación muy básica y, por lo tanto, el resultado artístico es imperfecto. El trabajo comunitario merece respeto por parte de los artistas que lo emprenden. No es un arte menor. Para que sea un arte cada día mayor, debe ser atendido por artistas bien hechos. Eso significa que las instituciones que amparan a los profesionales deben ser las que atiendan el trabajo comunitario. Masividad no puede ser sinónimo de mediocridad. Masividad debe ser sinónimo de trabajo en la base, de captación de talentos y no sólo para las escuelas de arte, sino también, para el trabajo profesional en agrupaciones donde terminarán de formarse, se evaluarán y entrarán al sector de la cultura[11]. No me refiero a las unidades docentes que existen en algunas compañías, porque el ingreso de sus estudiantes sigue patrones análogos al de las escuelas nacionales de arte.

Me he extendido en este análisis para argumentar que el Ministerio de Cultura cuenta con suficiente súper-estructura e instituciones, yo diría demasiadas, que le permiten respaldar a todos los artistas. Desde el más humilde artista del barrio, hasta el artista de la universidad o de la fábrica; desde el artista detectado por un promotor natural en la comunidad, hasta el artista que estudia en una escuela de arte. Y, obviamente, los que cada año egresan de esas escuelas, los graduados del honorable sistema nacional de enseñanza artística que cuenta con más de cincuenta años.

Los Artículos 3.1. y 4.1. del decreto 349, dictaminan las conductas que se consideran contravenciones, clasificándolas en graves y muy graves, según sea el caso. Habría que aclarar en este punto que ni la pornografía, ni la violencia, ni el lenguaje sexista, vulgar y obsceno; e incluso la discriminación por el color de la piel, género, orientación sexual o discapacidad y todo el etcétera que puede y debe seguirle, incluidas las sanciones contra los infractores; nada de eso, en sí mismo, es lo que torna complejo al decreto. El Artículo 5.2. estipula que “...Conjuntamente con las medidas que se impongan por la contravención cometida, la autoridad facultada[12] puede: a) suspender de manera inmediata el espectáculo o la proyección de que se trate...” La complejidad está en los seres humanos encargados de clasificar, de rotular, de dictaminar, es decir, la cuestión está en los inspectores y los supervisores, en su competencia profesional y las dinámicas y regulaciones que se establezcan para su actuación cotidiana.

Últimamente oigo dos palabras que me suenan viejas, muy viejas, herederas de un discurso empobrecido, sin argumentos de peso. Son: calidad y jerarquización. Cuando se usan para referirse al arte resultan muy imprecisas. No obstante, establezco los contextos y trato de seguir la lógica de esos discursos y algunas veces, la mayoría, me quedo igual, con deseos de saber a qué se refieren. No hay normas ISO que puedan regular la calidad en el arte. Por eso, siempre y cuando me refiero a medir, a calibrar “cuánto” arte hay en una propuesta, me aferro a la limpieza, a la perfección y, sobre todo, a la emoción, a cuánto me hace sentir,

vibrar. O su recíproco, “cuánto” de arte no hay. Sí, eso también es relativo y puede verse desde aristas heterogéneas. Pero lo que me funde [13] es relacionar calidad con jerarquía. Porque si lo que tiene más calidad es lo que se va a jerarquizar, entonces... ¿Cuál norma ISO va a establecer las jerarquías? Ante todo, sostengo con firmeza que los inspectores deben tener el valor de suspender un espectáculo cuando va en contra de la política cultural de la revolución. Así de simple. Y aquí hablo de obras, no de nombres. Porque el patrón ISO o no ISO que se use para evaluar la obra de un artista ya consagrado, debe ser el mismo que se use para evaluar la obra de un artista desconocido. Desde luego, con el tratamiento diferenciado que implica, pero hay que suspenderlos. La pornografía, la violencia y la vulgaridad, por ejemplo, son iguales para todos, como lo es el acatamiento de la ley, es decir, el acatamiento del decreto 349. No puede haber aquí ambi-güedades y -valencias.

Cuando el discurso de la jerarquización se lleva al ámbito de la promoción, entonces se corre el riesgo de que siempre se promuevan los espectáculos de los mismos creadores. Esto lleva a que los mediáticos cada día lo sean más, mientras los que no han tenido acceso a los medios cada día sean más ignorados. Es decir, quienes necesitan más promoción, tienen cada vez menos, y quienes la necesitan menos, cada vez la tienen más. No debe esperarse un resultado internacional para tener amplias coberturas. Y todas las formas del arte tienen que ser conocidas por el público, saber que existen.

En las artes escénicas prevalece el mito de que la danza no arrastra público, por este motivo, las agrupaciones danzarias casi no son contratadas en municipios y provincias. Me pregunto de qué modo podría sobrevivir una compañía de danza contemporánea si dejara de ser subvencionada. De qué modo si, además, sólo puede dedicarse al inamovible objeto social para la cual fue reconocida por el Consejo de las Artes Escénicas. La cantidad de público que asiste a una función, no es un patrón válido para medir la calidad de la propuesta. Sobre todo, porque la promoción se realiza de modo empírico y en la mayoría de los casos, a partir del nivel o gusto personal, de quienes están al frente de las instituciones.

Una tarde, cuando Ramiro Guerra todavía vivía en el López Serrano, un grupo de amigos conversábamos del quinquenio gris. Él, con su gracia habitual, nos contó que, en los umbrales de aquel período, fue a una presentación en La Moderna Poesía. Allí, un militar interrumpió muy indignado el acto para, en nombre del socialismo, atacar una novela donde se enseñaba a los jóvenes a ser homosexuales. Ramiro confesó que enseguida salió y compró el libro. No por el supuesto valor didáctico, sino porque sabía que quizá después desaparecería de las librerías. Años después, *Paradiso* [14], de José Lezama Lima, volvió a publicarse y ya hoy nadie duda de que es un clásico de la literatura cubana e hispanoamericana.

No debe parecer que el Decreto No. 349/2018 esté hecho sólo para este contexto y eso es lo que hay que revisarle. Puede ser un decreto para el presente, pero, sobre todo, debe serlo para el futuro. La urgencia del entorno no debe lastrar su aplicación proporcionada. Y es que para aplicar el decreto no podemos improvisar inspectores ni hacer supervisores emergentes. Probablemente estos deban ser los funcionarios más preparados o los cuadros mejor asesorados. El artista no puede sentirse perseguido ni amenazado por la ley. La creación tiene que volar libre a todas las zonas del espíritu. La libertad termina donde comienza el facilismo. Es muy difícil abrazar el alma y precisamente eso, es lo que respalda al arte.

No creo que vuelvan a repetirse los episodios que en la década del setenta tantos daños hicieron a la cultura y a los artistas cubanos. Para evitar que eso ocurra y para llevar hacia adelante la política cultural de la Revolución cubana, está la sociedad institucionalizada. La cultura es más inclusiva que nunca antes, pero tiene que palpase la unión entre todos. No es sólo el Ministerio y sus instituciones a todos los niveles. Ahí están la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, la Asociación Hermanos Saíz y el Sindicato de Trabajadores de la Cultura. Si a pesar de las ambigüedades y/o ambivalencias perceptibles, cada uno participa del proyecto cultural de la nación, y juega el rol que le corresponde, no hay decretos que amordacen.

Notas:

[1] Abel Prieto. *LA CIGARRA Y LA HORMIGA: un remake al final del milenio*. 27|8|2014

[2] Según el artículo 103, inciso c; correspondería a la Asamblea Nacional del Poder Popular, “aprobar, modificar, o derogar las leyes...” Los incisos e; f; g; h; precisan el control, por parte de la misma Asamblea Nacional, de los acuerdos del Consejo de Estado y la revocación de sus decretos-leyes, así como la revocación de los decretos presidenciales, y los demás decretos, acuerdos y todas las disposiciones generales, en cualquier instancia, que puedan contradecir lo reglamentado.

[3] El artículo 15 de la Constitución de 1940 dejaba este aspecto regulado.

[4] Las directrices de la Política cultural de la Revolución cubana, podemos encontrarlas perfectamente delineadas, en los textos: *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro; *Discurso de clausura del Segundo Congreso de la UNEAC* y *Discurso en la Segunda Conferencia mundial sobre políticas culturales de la UNESCO*; de Armando Hart y, sobre todo; el ya citado artículo *La cigarra y la hormiga...* de Abel Prieto. Cada intelectual reflexiona en el contexto social desde el cual ejerce su magisterio. El Comandante en los años iniciales. Armando Hart fue el primer Ministro de Cultura después del proceso institucionalizador culminado en la Constitución de 1976. Tarea difícilísima posterior al Quinquenio gris. Y Abel Prieto en los años recientes. Eso nos posibilita ver la evolución de la política cultural de la

Revolución, a través del tiempo. Desde luego, estos no son los únicos textos, están todas las intervenciones y discursos de congresos de la propia UNEAC o de la AHS y otros. Pero en estos que propongo, la política cultural de la Revolución se manifiesta muy limpia, sin vicios derivados de la opulencia verbal y la erudición.

[5] ¡Qué casualidad que sea el número cinco el dedicado a la cultura en las tres constituciones!

[6] La conciencia social, entendida como la vida espiritual de la sociedad, es lo que veo más cercano al término “valores de la sociedad”. Y esa categoría coincide, en determinados puntos, con la definición de cultura. El arte, la moral, la política, entre otras, son formas de la conciencia social. Es decir, la creación artística es un segmento de la cultura que, respetando la política cultural trazada por la Revolución, manifiesta los valores de la sociedad socialista cubana.

[7] *Roue de bicyclette*. (1913;1916-1917;1951) Es una rueda de bicicleta en su horquilla, invertida verticalmente sobre un taburete de madera.

[8] *Fountain*. (1917) Es un urinario expuesto en una muestra organizada por la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York.

[9] Sin absolutizar, pienso que para mostrar en EE.UU. la danza que se hace en el territorio nacional, podríamos haber seleccionado, agrupaciones danzarías de mayor nivel artístico.

[10] Apoyada por el Grupo de Danza alternativa “Así somos”, del cual es bailarina, profesora y coreógrafa, y que pertenece al Centro de la Danza, la maestra Lourdes Cajigal mantuvo un taller de Danza Creativa en el Teatro Nacional de Cuba. Durante más de quince años miles de niños y, sobre todo, niñas, recibieron su magisterio. Cada curso culminaba en una función, con el taller completo, en la Sala Avellaneda del propio teatro. Más de cien niños en escena cada año. Este relevante trabajo finalizó cuando la maestra tuvo que asumir la dirección del Grupo y desde el Consejo Nacional de las Artes Escénicas le orientaron que el trabajo con niños no era interés de esa institución y, por lo tanto, debía priorizar el trabajo con adultos profesionales.

[11] Desde Tropicana hasta su compañía actual, el Maestro Santiago Alfonso no ha dejado de preparar a bailarines “de la calle”.

[12] El remarcado es mío.

[13] Perdonen expresión tan coloquial pero no encuentro una mejor.

[14] La primera edición de *Paradiso* fue en el año 1966.

Nos quieren pasar gato por liebre o #PorqueHaceFaltaEl349

Alexis Triana • Cuba

lajiribilla@cubarte.cult.cu

La vulgaridad, la obscenidad y el mal gusto están empezando a entrar por la puerta ancha de algunos hogares, y vendidos a toda pantalla y llegando al espacio público de la sociedad cubana. Y hay gente queriéndose pasar por lo que no es, imponiéndonos su mal gusto en nuestra propia cara, lo mismo en el almendrón en que tenemos que montar a falta de transporte público, que frente a la Bodeguita del Medio en las calles de La Habana Vieja.

Por eso hace falta el 349, para tener la Cultura en Buenas Manos. Porque si hay que salvar la Cultura, si es lo primero que teníamos y tenemos que salvar, como nos dijo Fidel en los años más duros, la cultura no se salva por arte de magia. Y hay que salvarla primero, porque la Cultura salva.

Mi mujer me pide que lo diga de otro modo y en otro tono, y que deje en claro que no solo esto ha sucedido en los establecimientos por cuenta propia, sino igual en los estatales. Y yo se lo confirmo: Que sí, que este asunto de las calabazas para celebrar algo tan ajeno a nosotros como Halloween, o de los gorros de navidad para atender a los turistas, empezó por imitación en los hoteles y en los centros culturales estatales, y ya está metiéndose en nuestras propias casas.

Basta con salir a la calle para ver a esos muchachos como bocinas ambulantes, que nos imponen el “*Palón Divino*” aunque no nos guste. Y se ha convertido en una especie de Himno de la Obscenidad en nuestras calles, lo mismo en todos los televisores de restaurantes que en las bocinas de las cafeterías. El respeto al derecho ajeno es la paz: y si el propietario de la bocina o de la cafetería adoran a Bad Bunny y a Chocolate, que los vean y los oigan en su casa, pero que se respete el derecho de los otros, de los que creemos que los Bad Bunnys disfrazados de Chocolate denigran a lo mejor de nuestras mujeres, y deforman el gusto de nuestros niños, hablando hasta de lo peor del ser humano. Y ya hay padres poniendo esos “perreos” —válgame, Dios, la palabra—, y enseñan a repellar en los cumpleaños de los niños, y en las fiestas de las escuelas.

El nuevo decreto 349 habla también de regular esta contaminación sonora. Por eso han hecho coro en su contra los peores reguetoneros disfrazados de raperos, en comunión estrecha con los que reciben dinero del exterior, para hacer performances públicos con cuatro gatos contratados y mucha prensa: es una falsa disidencia que se embarra a cada paso y no solo para protestar, tan poca auténtica e incapaz de ser creadora, que exige que hay que derogar un decreto que ni siquiera ha entrado en vigor.

Qué “casualidad” las últimas declaraciones de la Subsecretaria de Estado en Washington, que sale en apoyo de ellos, a pedir que deroguen un decreto cubano. ¿A qué viene este sorpresivo y nuevo interés? Y, ¿qué hace una representante estatal norteamericana opinando sobre un tema interno cubano?

Tal y como explicó un abogado en las redes sociales, Pedro Rizo Peña, que trabaja en la galería Collage Habana, este decreto es más que imprescindible para la realidad cubana. Esta nueva norma jurídica que entrará próximamente en vigor, no es contra los artistas, ni contra la libertad del arte: abarca a las instituciones estatales, a las personas naturales del sector por cuenta propia, y a los espacios que son empleados. Y ahora progresivamente se irá aplicando porque en esencia, se trata de velar porque se cumplan las regulaciones para la comercialización del arte, y los productos culturales.

Y como toda norma legal instrumenta un decreto, es eso lo que se ha estado haciendo en el Ministerio de Cultura en estos días: convocando al diálogo con los artistas y escritores, con quienes quieren el bien de su país y han expresado de manera legítima sus opiniones. Han sido escuchados e invitados para trabajar en las normas que adecuan este decreto, para que quede claro y en letra de molde, que ningún inspector puede actuar en nombre de sí mismo.

Por sobre todo, yo creo que este decreto tiene que ser de Nuestras Manos, porque no puede hacer un inspector lo que le toca a la ciudadanía, lo que corresponde a las instituciones, lo que le toca a las organizaciones de los artistas y escritores, que es defender al arte y a la cultura cubana de esta ola de mediocridad. Alguien tiene que ejercer esa fuerza de la ley, indicado por la institución cultural y por las organizaciones de creadores, porque ha sido una solicitud reclamada a lo largo de todos estos años en las reuniones y encuentros de la intelectualidad, exigiendo al estado a que actúe frente a la oleada de chabacanería y mal gusto que nos asola.

Hay que cuidar a nuestros mejores artistas y proteger su derecho al trabajo, por encima de arribistas y falsificadores de toda laya, que le quieren vender al turista el oro y el moro. Hay que defender a nuestros graduados de un sistema de enseñanza artística, que en este país existan más de trescientas casas de cultura, que tengamos miles de instructores de arte en las escuelas, que tenga aun este país más de trescientos cines, como ahora llega el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano a varias capitales de Cuba. Porque en un sitio turístico como Viñales, el cine ya es cosa del pasado y lo arrendaron para una cafetería y discoteca.

No tengo yo nada en contra del uso múltiple de los cines, pero para que se vean buenos espectáculos artísticos, para que se recupere el hábito del buen cine, y el mejor audiovisual; no para ver a un director municipal de cultura haciendo de animador de discoteca. Y eso está pasando...



Es el Decreto de Nuestras Manos. De nosotros, de los intelectuales y artistas, de los trabajadores de la cultura, de nuestros promotores culturales, y de nuestra ciudadanía toda.

Después de escribir José Martí la frase: “Ser cultos es el único modo de ser libres”, agrego otra idea: “No hay igualdad social posible sin igualdad de cultura”. Y es eso lo que quisieran derrotar nuestros contrarios, y hasta los nuevos ricos.

No nos pueden seguir pasando gato por liebre: la Cultura Cubana tiene que seguir En Buenas Manos.

Tomado de Cubarte

Tocando fondo. A propósito de nuestros Derechos Humanos

Yanetsy Pino Reina • Cuba

El pasado lunes 3 de diciembre vi un reportaje del Noticiero Cultural y sentí tristeza cuando Reynaldo González, Premio Nacional de Literatura, precisó que “estamos tocando fondo” en materia de difusión, producción y consumo musical. Tras lo que explicó CimaFunk en el reportaje, recordé mi última estancia en La Habana. Al llegar y montar en un P2, fui obligada a compartir espacio cara a cara con el chofer —no cabía un alma más—, y con un coro de jóvenes de Secundaria que tarareaban con Chocolate *El palón divino*. Después sobrevinieron Bad Bunny, William El Magnífico, El Tigger, El Príncipe... Y mi cabeza, a punto de una migraña, no sabía qué hacer con la voz ronca de los antiguos Desiguales, mientras resonaba en mis recuerdos el tun tun del video *No hay break*, en el que pandillas de niños cubanos —dentro de ellos el actor que hizo de Chala en el filme *Conducta*— matan, en la más burda imitación de *thrillers* norteamericanos y escenas de mafia, y protegen a los ricos cantantes que apuestan cuerpos femeninos.

Los autores de ese video, que anduvo de pantalla en pantalla entre los jóvenes y fue visto hasta la saciedad tiempo atrás, hoy deambulan por las calles de Miami y tienen “jugosos” contratos por difundir esa especie de porno callejero musical que sale de sus universos creativos; mientras nosotros, simples cubanos, continuamos oyendo y “perreando” al son de sus “ladridos”, aun en pleno mediodía y sin el más ligero rubor.

Al bajarme del P2, le pregunté a quién me esperaba qué clase de lugar era la “capital de todos los cubanos”, donde un humilde chofer puede decidir qué música escuchan las personas que montan en el ómnibus. Por supuesto, no hallé lugar dónde quejarme y solo pude pedirle al chofer que bajara un poco el volumen.

La vergüenza me hace volver otra vez a aquel suceso para que tales modos de actuación se destierren de una vez, pues no creo que un chofer, por mucha experticia que tenga en su oficio, pueda escuchar música y atender al timón como es debido.

Lo triste no es siquiera el ejemplo, ni la vergüenza, ni la migraña. Lo triste es que hoy, en Cuba, como aquel chofer, hay cantineros, *disc-jockeys*, expedidores de cerveza, carretoneros, choferes de bicitaxis y todo tipo de transporte urbano, animadores turísticos, directores de radio y televisión, promotores comunitarios, entre los que incluyo a artistas e intelectuales sin conciencia de la calidad musical que deben promover. Lo triste es que el silencio alienta la impunidad. Lo triste es

que condenamos la ley sin ponerla en práctica. Ejemplo de ello han sido las manipuladas interpretaciones que hoy tiene el Decreto 349, que nació para suerte y regocijo de quienes amamos lo bueno, lo bello, lo valioso, lo verdaderamente cubano, con profundos anclajes en valores, respeto y dignidad.

Soy testigo de la enorme cantidad de veces que artistas e intelectuales, miembros de la AHS y de la UNEAC, hemos planteado tales problemáticas en congresos, asambleas, plenarias, y ¡Hasta en reuniones de rendición de cuentas! —juro que en esto no hay ningún chiste—; porque estamos hablando de un problema que afecta al barrio, la casa, los espacios públicos, el ómnibus donde van nuestros hijos hacia la escuela, las instituciones y en todo lugar en que se mueva una peseta para la recreación y la cotidianidad del prójimo.

Es cierto, estamos tocando fondo, como dijo el eminente escritor. En materia de promoción y difusión musical cada cual maneja su “finca” como mejor le parece, sin que alguien ponga coto a su pésimo gusto y precarias competencias. De ahí que el Decreto viene a paliar nuestra situación y a ir solucionándola, paulatinamente, siempre que se logre ponerlo en práctica con carácter sistémico, práctico y uniforme.

El Decreto 349 se firmó por el presidente del Consejo de Estado y de Ministros, Miguel Díaz-Canel Bermúdez, en abril de 2018. Su cumplimiento se debió haber materializado, según consta en el mismo, 150 días después de su aprobación. Vencido el término establecido, ¿estaremos en condiciones de aplicar y hacer cumplir este Decreto, que define como contravenciones el intrusismo profesional y la presencia de contenidos deleznable, discriminatorios y generadores de malas prácticas e indisciplinas en la música, espectáculos y promoción de videos clips? No. Seguiremos sin cumplirlo porque todavía se desconoce. Seguimos sin cumplirlo, porque, primero que todo, su puesta en vigor requiere un conjunto de normas regulatorias que describirán cómo aplicar su contenido. Hoy dichas normas se diseñan y es de suponer que vayan desde la infraestructura o recursos que se deben mover en la práctica, hasta la estructura misma que sostiene su aplicación. Porque para concretar su cumplimiento necesitamos el empoderamiento de inspectores del sector cultural —hoy con escasa jerarquía social y, en muchas provincias, ni siquiera ocupan plazas—, con recursos y autoridad para darle carácter punitivo a la infracción. Requerirán también análisis, capacitación y discernimiento en materia de arte y cultura para quienes determinarán las contravenciones. Pero mientras tanto, ¿qué sucede?

Pues como siempre, ante la evidencia de nuevas regulaciones, algunos manipulan criterios, acciones e ideas esperando lesionar nuestro sistema. ¿Quiénes son? Políticos y corruptos. Políticos del lado de allá, que necesitan alentar “disidencias” dentro de la Isla. Lo hacen mediante personas con posicionamientos sociales y culturales como artistas y promotores, para hacer

creíbles no solo a los enemigos de la Revolución, sino también para justificar sus jugosos ingresos. Para ello exploran las zonas más íntimas de quienes tienen opinión, escudriñan sus perfiles en redes sociales y se aprovechan groseramente de cuanto fantasma, miedo o sospecha consigan localizar allí. Junto a su pensamiento y preconcebida capacidad de disentir, estos “opositores” usan inmisericordemente todos los recursos posibles para construir un liderazgo opuesto a la institucionalidad y la ideología cubanas. Así, muchos artistas caen en la trampa y oscilan entre manipulaciones políticas, la sombra del dinero y la opinión crítica; todo lo cual les lleva a situaciones límite susceptibles a la manipulación, con planteamientos epidérmicos alejados del diálogo y posturas de hastío o cansancio ante problemas cuya solución solo puede hallarse aquí, mediante el razonamiento colectivo y el aprovechamiento real de todas nuestras potencialidades.

Respecto de los corruptos, ¡ni hablar! En este sentido urge llamar las cosas por su nombre. Jugosas sumas se han pagado en Cuba, a costa de los presupuestos, por actuaciones públicas de quienes hacen la peor música. ¡Claro que la corrupción nunca aceptará el 349! Simplemente porque este Decreto impedirá no solo que se llenen de golpe y porrazo determinadas arcas empresariales, sino también los bolsillos que lucran con indignidad, al son de la seudocultura. Esos serán, obviamente, lo primeros en rechazar la nueva ordenanza.

En materia de opiniones negativas, tanto allá como acá, se habla que el 349 propiciará un ambiente de censura a la creación y una tentativa para politizar el arte y coartar la libertad de expresión, cuando en verdad sanciona los contenidos obscenos, violentos y discriminatorios que invitan a las audiencias a ir más allá de la simple escucha.

Ya nadie recuerda cuando la canción *Working Class Hero*, del álbum debut de John Lennon en solitario, *John Lennon/Plastic Ono Band* (1970), fue prohibida por la BBC Radio por la inclusión de la palabra *fucking* (jodido). Aunque el término no produjo excitación sexual, ofensa o molestia en las audiencias. Ken Sleeman, gerente de la estación Radio WGTB, de Washington, fue sancionado con un año de prisión y obligado a pagar una multa de diez mil dólares por radiar *Working Class Hero*. Me imagino cómo debió haber criticado la oposición política de entonces a quien formuló la queja, el representante de EE. UU., Harley Orrin. Al parecer no hubo opiniones polémicas, sobre todo desde el exilio — ¿dónde estarían los exiliados correspondientes en semejante caso?—, o al menos, si las hubo, no trascendieron con la suficiente nitidez.

A pesar de que se piense lo contrario, en materia de libertades y creación, los artistas que residimos en la Isla seguiremos siendo tan libres como hemos sido hasta hoy, no porque haya que ponerlo en decreto o en políticas, sino porque la condición y naturaleza del arte nos ofrecen esa posibilidad. El texto cultural que

no sea polisémico, multilateral, polifónico, capaz de transformar el mundo y la propia existencia por su eterno diálogo con lo más íntimo de la condición humana, simplemente NO es arte; es seudocultura que exacerba el morbo con contenidos deleznales, histéricos, violentos, o tal vez un porno disfrazado con patrones rítmicos copiados al por mayor y una melodía que promueve la más primigenia animalidad, con sexo también al por mayor.

Por tanto, hablar en este caso de censura, de ausencia de libertad creativa, no pasa de ser una falacia, una mentira con apariencia de verdad, aliada a la sospecha y al fantasma del Quinquenio Gris, pura manipulación política. Me gustaría pensar que, en el caso de los artistas que así opinan, podría tratarse más de una pose de contestación al poder que de un convencimiento ideológico o una disidencia intelectual reales; pues de lo contrario empezarían por abandonar ciertos criterios que hoy esgrimen, insuficientes para resistir el menos análisis serio y profesional.

El 349 sancionará el intrusismo profesional, lesivo a la creación de vanguardia (artículo 2.1), y los contenidos (artículo 3.1) discriminatorios, violentos, pornográficos, sexistas, groseros, obscenos, lesivos al normal desarrollo de la infancia y la adolescencia, al uso de símbolos patrios que contravenga la legislación vigente, y a otros discursos, temáticas, imágenes o ideas que infrinjan las disposiciones legales reguladoras del normal desarrollo de nuestra sociedad, en materia cultural.

Cualquiera que tenga descendencia o familia, cualquiera que posea educación, valores y ética, cualquiera que desee lo mejor para su país, ansía que terminen la agresión por contenidos obscenos, la contaminación por ruido, el irrespeto, la violencia, la grosería y la constante lesión a la dignidad. Entonces el 349, siempre que se cumpla con carácter de sistema y uniformidad en cualquier espacio donde sea posible, viene a abrir senda segura y significativa para eternizar nuestra humanidad, conservar lo mejor de la cultura cubana, proteger las bienaventuranzas que hemos construido y, por supuesto, defender el sueño de que un mundo mejor siempre es y será posible. Esos, y no otros, son y habrán de seguir siendo nuestros derechos humanos.

De la chatarra ideológica en el arte

Jorge Ángel Hernández • Cuba

laJiribilla@cubarte.cult.cu

¿Por qué ciertos códigos del arte han insistido en no dejar atrás los tópicos comunes de guerra fría? ¿Cómo es que la crítica no solo pasa indiferente a este fenómeno, sino que en ocasiones se encarga de sesgar algún que otro espaldarazo a manifestaciones que se hallan por completo fuera de un concepto artístico, por generoso que pueda parecer el reconocimiento? ¿No hay en estos momentos estudios, búsquedas históricas, ejercicios críticos, que sepan ver la diferencia entre el gesto de ruptura de una acción performática, una obra objetual o un simulacro conceptual y una trasnochada acción plagaria que pretende usufructuar la necesaria denuncia social?

Todo arte, incluso aquel que se pretende fuera de la realidad, implica una relación de criterio respecto al entorno en que crean y se desenvuelven los artistas. Sin embargo, los tópicos de recepción de guerra fría, en su discurso post, insisten en focalizar ciertas acciones de activismo soso, invertebrado y hasta mercenario, como gestos artísticos de notable vanguardia. El desempeño de los monopolios de la información global se encarga de pasarlos como arte a través de un grupo de simulaciones críticas y, sobre todo, valiéndose de patrones de recepción ideológica que han sostenido a sangre y fuego. El doble discurso de valoración acerca de lo que se produce en los países donde estas publicaciones se originan y el que asume la noticia en países como Cuba, Venezuela, Nicaragua o Ecuador (aunque este último país ha “perdido interés” tras el insólito despliegue del inimaginable Gorbachov Moreno), muestra cuán poco relevante es el papel del arte cuando de defender hegemonías ideológicas se trata.

En el caso de Cuba, las válvulas de escape respecto a prejuicios y podas institucionales se rompieron desde la década de los ochenta, poco tiempo después de los escándalos provocados por las obras. Nuestra crítica de arte, sobre todo la que se ha formado bastante después de esas fechas en nuestros centros académicos especializados, no solo no se ha desprendido de ese trauma, sino que sigue reciclando en él los tópicos de guerra fría. La revisión de los escritos insta a pensar en dictados con muy leves variables, como si de ejercicios escolares se tratara.

Sin embargo, la mayoría de los artistas que entonces confrontaron el peligro de censura no solo ganaron la batalla de la libertad de exhibición y expresión, sino que han aceptado el reconocimiento institucional a través de los premios de importancia que en el país se conceden, sobre todo el Nacional de Artes Plásticas. ¿Pasa esto ajeno a nuestros profesores? ¿Es legítimo reclamar un reconocimiento plural de las modalidades y direcciones axiológicas del arte sin

dar fe siquiera del propio vuelco institucional que mantiene a toda costa, y contra toda miseria y atentados económicos, la posibilidad de seguir educando, de seguir construyendo las posibilidades de crear y continuar ampliando el diapasón receptivo de nuestra población?

Como decía la crítica, poeta y ensayista francesa Annie Le Brun, a propósito de la publicación de su libro *Lo que no tiene precio*, un ensayo que arremete contra la mercantilización del arte actual, el arte contemporáneo se ha convertido en un “reciclaje de basura”, del mismo modo en que lo fuera la campaña electoral de Margaret Thatcher, organizada por Charles Saatchi, a quien ella misma no duda en considerar “el promotor más grande de arte contemporáneo”. La mercantilización espuria del arte se une a la comercialización de la política; una y otra se suplanta según los intereses de las corporaciones que financian los poderes globales.

El arte cubano, que proviene desde hace tiempo de una formación artística de calidad, de la que no se puede prescindir por ciego que se quiera ser, más informada que la propia propaganda negativa que se le adjudica, está recibiendo con fuerza las invasiones de chatarra ideológica y el impacto de esa mercantilización espuria, ideológicamente orientada a campañas de posguerra fría. Esa es la principal de las causas de que ciertos tópicos de guerra fría occidental persistan a la hora de asociar burdas campañas de gestos que en sí mismos se diluyen, sin acercarse ni siquiera al arte. No solo la crítica, o el estudio avizor, sino también el ojo de consumidores y asiduos debían llamarse a honestidad y asumir los patrones de valoración de los que son capaces y que, por más señas, estas acciones de chatarra ideológica merecen.

Sobre la nueva cruzada contra el 349, o resumen de una estupidez 2.0

Antonio Rodríguez Salvador • Cuba

laJiribilla@cubarte.cult.cu

Caramba, qué tiempos aquellos cuando en lo cultural enfrentábamos una contrarrevolución con algo de cerebro. Porque vean la paradoja, de cierta manera avergüenza sufrir un enemigo de tan pobre imaginación. Ya lo dijo Oscar Wilde: “Lo peor es un enemigo tonto. Un enemigo inteligente, si también lo somos, no deja de apreciarnos por ello”. Pero estos no. Al parecer creen que con solo emplear novedosas técnicas de la comunicación: Twitter o Facebook, sus mensajes ya son el *non plus ultra* de la sapiencia. Aunque estos carezcan de pensamiento y creatividad, aunque hagan bostezar a la mismísima razón de las cosas.

Hubo un tiempo en que eran más creativos. Por ejemplo, en los años 60 y 70 Casa de las Américas era lugar de obligado encuentro para los escritores de aquel fenómeno literario llamado Boom latinoamericano. Esto preocupó tanto a la CIA, que, para capitalizar, y de algún modo controlar a esos autores, crearon la revista *Mundo Nuevo*: una publicación de excelente factura y gran alcance. Como es lógico, la CIA mantuvo su patrocinio en secreto; pero un día se descubrió todo y entonces la gran mayoría de los autores espantó de allí. Ciertamente, aquella terminó siendo una frustrada operación de inteligencia; mas, por esa vez —y quién sabe si por casualidad—, hicieron honor al término, pues al menos promovieron el arte, aunque solo fuese para usarlo como simple tapadera.

Sin embargo, con estos adversarios de ahora no hay manera de entablar un debate serio; solo dejan margen para el choteo. La última iniciativa ha sido convocar un concurso contra la implementación del Decreto 349 en Cuba —del cual, afirman, es un instrumento de censura—, y para ello no se les ocurre otra cosa que usar el Twitter.

¡Albricias! Cómo si tener tejado de vidrio no fuera suficiente razón para no tirar piedras al vecino. Si quisiéramos buscar un ejemplo notorio de censura contra Cuba, no habría que pensar mucho para señalar al Twitter como la campeona del momento. Una plataforma que, hasta hace tan solo una semana, negaba el acceso desde la Isla, y a la que todavía resulta imposible registrarse desde los celulares.

¿Quién no sabe por qué Twitter negaba el servicio a usuarios desde Cuba? ¿Acaso alguien ignora que Estados Unidos es el país más censor y represor de los cubanos en todos los frentes posibles, incluyendo el arte y la cultura? Y, por cierto, ¿de dónde estos entusiastas del tuit sacan los fondos para promover y pagar tal concurso? ¿Alguien lo desconoce?

Los que están al tanto del Decreto 349, quienes en verdad interpretan su alcance, saben que no es un instrumento al servicio de la censura artística; todo lo contrario. La creación artística es y seguirá siendo libre; su aplicación corresponde a la circulación de los productos y servicios culturales como parte del ordenamiento del trabajo por cuenta propia; de modo que tampoco procederá dentro de las instituciones culturales. Es cuerpo legal y marco regulatorio, con el objetivo de proteger nuestra cultura de los mercachifles y falsos artistas que pretendan corromperla con la banalidad y la grosería, entre otros semejantes antivalores. Es también un viejo reclamo de quienes sienten la cultura como ara; no como el pedestal donde ahora quieren subirse quienes tradicionalmente la mancillan.

Si se viene a ver, los verdaderos censores son quienes emprenden cruzadas contra la verdad y a favor de la perversión del arte. Estos son represores de la inteligencia, la sensibilidad y hasta del sentido común. Mientras en Cuba proliferaban por restaurantes, bares y demás lugares públicos esos horribles audiovisuales, promotores de la violencia, la grosería, el racismo y la discriminación de las mujeres, jamás —en los diversos medios anticubanos pagados por la NED— se publicó artículo alguno que criticara tal putrefacción. Ellos, que se autodenominan la voz del pueblo, guardaban prudente silencio; se frotaban las manos porque, obviamente, les hacíamos el trabajo voluntariamente.

Pero bien, empecé llamando descerebrados a estos que hoy nos adversan, y voy a demostrar la hipótesis. Expondré cómo en su afán de acudir a primitivos elementos de la “retórica de la desinformación”, lo único que finalmente logran es contradecirse, asesinar el idioma o mostrar ridículos resultados.

Por ejemplo, cuando en las bases del publicitado concurso expresan que un numeroso grupo de personas ya ha iniciado procesos legales contra el Decreto, tan solo pretenden usar lo que en desinformación se denomina “efecto acumulativo”. Este es un tipo de falacia que busca persuadir al auditorio de adoptar una idea, insinuando que un irresistible movimiento de masas ya está comprometido con ella. Sin embargo, y por el contrario de los malsanos objetivos de la campaña, al emplear ese argumento solo están revelando que en Cuba tenemos un Estado de Derecho; que se puede confiar en la independencia y justeza de sus tribunales. Vean cómo ni siquiera saben hacer mala propaganda.

O sea, por un lado, pretenden evitar la implementación del citado cuerpo legal —a eso apunta la campaña—, pero dada la horrible redacción, lo que finalmente han dicho es que ya este se encuentra vigente y ha cobrado víctimas. Lo curioso es que ni siquiera se han divulgado las normas complementarias del Decreto: están en fase de elaboración con el concurso de varios artistas y escritores; luego serán discutidas con miembros de la UNEAC y la AHS de todo el país, lo cual significa que aún no es posible su aplicación.

Por último, un concepto. Se supone que solo haya una manera verdaderamente efectiva de proteger el arte; esa es facilitándolo y promoviéndolo. Mas, por favor, ¿alguien pudiera explicarme qué clase de arte puede hacerse contra un decreto en un tuit?

Como vista hace fe, a continuación, les relaciono una colección de los tuits que ya podrían estar circulando como resultado del concurso de marras; los cuales, y por ver si de alguna manera pueden rozar algo del arte, parece que lo mejor será remitirlos al Centro Promotor del Humor:

- El 349 impedirá que los restaurantes del CIMEX exhiban las películas de Bergman y Kurosawa.
- Al aplicar el 349 no podremos cantarle a la novia en el Malecón.
- No importa el texto vulgar de las canciones, ofenda a quien ofenda, ni que moleste a los vecinos. Tampoco que alguien ensucie una pared con fango o desechos. ¡El arte es libre!
- La diferencia entre la danza y el salto de altura es mínima y no tiene importancia alguna.
- El 349 plantea revisar todas las estatuas del Cementerio para ver si hay pornografía.
- Será imposible exhibir las películas de los jóvenes cineastas cubanos en los campos de golf.
- El 349 impedirá que el videoarte y el arte digital continúen mostrándose en las guaguas de turismo.

En fin, ya lo dijo Einstein: “Solo hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. Y no estoy tan seguro de la primera”.

¿Quiénes y por qué están contra el Decreto 349?

Mauricio Escuela • Cuba

lajiribilla@cubarte.cult.cu

Bajo la aparente contestación al Decreto 349 sobre la política cultural, se ha manifestado todo aquel que desea la demolición de la política estatal sobre el arte y la literatura, la muerte de toda legalidad y el establecimiento de la anarquía. Este escenario propiciaría, según la imaginación de los que contestan, el derrumbe del socialismo a la manera de una primavera caribeña.

El mecanismo no es nuevo. Sabemos que se aspira a la implosión de la sociedad a partir de protestas en apariencia legítimas. Todo el dinero posible se ha puesto en función de satanizar al Estado cubano y sus leyes, en aras de alcanzar un vacío de poder que permita el retorno de la propiedad privada a gran escala, los favoritismos políticos, la ausencia de toda política social y el “sálvese quien pueda”.

Hace poco conversaba con un amigo escritor acerca de cierta tendencia que flota sobre algunos egresados de las academias de artes y letras cubanas. Esta pretende hacernos creer que en el otro sistema existirá una cultura mejor, caracterizada por la apertura, la diversidad y el respeto a la calidad y el peso de una obra. Lejos de esto, nosotros opinamos que en el mercado no pocos artistas de renombre tendrían que abandonarse a los brazos de oficios mejor remunerados (en el mejor de los casos).

¿Cuántos *crowdfunding* (tipo de financiación de proyectos) son destinados a los artistas alternativos de México? Ninguno. No existen poderosas agencias —como ocurre con Cuba— que apoyen, por ejemplo, a la revista cultural *La Piraña*, donde publico una columna desde hace meses. En la cúpula de la oficialidad del capital nadie está interesado en una alteridad al poder capitalista establecido, más bien se suele comprar la competencia o intentar una ofensiva desleal (los monopolios pueden vender a precio de pérdida solo con el fin de liquidar al contrario).

A los cubanos se les ofrece *crowdfunding* porque Cuba es una alternativa. El día que esa línea roja caribeña desaparezca del mapa, muchos de los financiados —algunos sin obra alguna— caerán en un limbo artístico. Contradictoriamente, ha sido el propio socialismo quien ha dado sentido a muchos de los autodenominados artistas. Pareciera que la razón y la verdad están del lado de los que hoy acusan al 349, si juzgamos la avalancha de mensajes en las redes sociales y los llamados a la rebelión.

El Decreto no prohíbe la creación libre, de hecho, no cambia una letra de la política cultural vigente. Sería un disparate inconstitucional echar atrás lo ganado tras 60 años de luces y sombras, incluso tras un quinquenio gris. Las contravenciones tipificadas en esta ley están a la vista de cualquiera que camine por las calles de la Isla: en la vulgaridad, en el mal uso de los espacios públicos, o en la apropiación de actividades y oficios que conllevan profesionalismo (académico o no). Son, además, medidas que existen en cualquier sistema mundial (aquellos que tocan en un bar, por ejemplo, deben poseer su licencia y guardarse de normas legales). El que se esfuerza en ser un buen artista tiene en este Decreto un instrumento para defenderse del advenedizo sin talento que, mediante trucos y deslealtad, intente desplazarlo.

Las contravenciones tipifican derechos humanos protegidos por los pactos de las Naciones Unidas, de los cuales Cuba es signataria. ¿Cómo permitir la violación de derechos por parte de unos hacia otros? Tal cosa no sería libertad de expresión, sino la expresión de los más fuertes.

Por otro lado, ¿cómo demandar la derogación de la política cultural, esa que por 60 años ha favorecido la formación académica o empírica del talento artístico y literario? Algunos (muy pocos) de los artistas que integran la campaña contra el Decreto 349 son graduados de ese sistema de enseñanza gratuito y de alta calidad. El capital, quien le otorga el *crowdfunding*, no dice cuál será el futuro de los jóvenes que no puedan pagar el acceso a una hipotética enseñanza privada.

Esa política cultural —la que hoy es satanizada— cuenta con todo un sistema de captación y promoción de talentos, y dispone de un abanico participativo que fomenta la vocación artística en cualquier edad. El único requisito, establecido por el gremio de los creadores —y no por el Estado—, radica en la calidad de la obra. Que en casos concretos haya malas prácticas estatales, no significa que todo esté mal.

La capacidad de reforma legal en Cuba, también mal reseñada en los medios propagandísticos, pasa por la más alta consulta popular. O sea, aquí no hay paquetazos al estilo de los gobiernos duros, ni medidas arbitrarias como el retiro de los médicos cubanos de las áreas vulnerables de Brasil. Se supo siempre que el 349, aunque sea un decreto del Presidente, será aprobado o no tras las enmiendas hechas por los sindicatos, las organizaciones de la sociedad civil y el gremio.

Así funciona Cuba. Sin embargo, es muy rentable decir que aquí se coartan las libertades, que jamás existió coherencia en las políticas culturales y que la solución es demolerlo todo. ¿Y luego? Se acabarán los *crowdfunding*, desaparecerá una buena parte del llamado arte independiente y primará la fuerza del mercado con sus leyes arbitrarias. ¿Qué hay de los poetas, los plásticos, los bailarines y los grupos portadores de tradiciones? También se irán a bolina.

La ausencia de política cultural es la ausencia de artistas, la miseria del creador, el dictado del dinero. No en balde la UNESCO declaró recientemente a las parrandas de la región central de Cuba como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, con el objetivo de mejorar las políticas públicas hacia un fenómeno total, que incluya la participación de personas y manifestaciones de toda índole. La propia agencia de Naciones Unidas hace extensivo dicho reconocimiento, pues hubo una política cultural seria que, casi sin recursos, priorizó la existencia de las fiestas.

Resulta de un talante bastante bajo y cobarde el uso de la inconformidad legítima de un grupo de artistas y escritores para hacer política contra el sistema de la cultura y el Estado cubanos. El rechazo al Decreto 349 —que no “criminaliza” el arte— no ha contado con el apoyo de un Premio Nacional de Literatura, de Artes Plásticas, de Radio, de Televisión o de Periodismo. Ello demuestra la politización del tema por parte de la derecha internacional, así como la falencia del argumento que recurre a una supuesta censura. No sucedió lo mismo con la polémica fidedigna generada en torno al quinquenio gris, cuando aparecieron en televisión algunos comisarios del periodo. Recordemos que, en aquel momento, se pronunciaron todos, o casi todos, y que la propia institucionalidad convocó a un debate que aún puede ser consultado en los números de la revista *Criterios*.

Una verdad hay en torno al 349, una que ya sabíamos. Normar la cultura a partir del profesionalismo (académico y empírico) conlleva un alto nivel interpretativo y cuotas de responsabilidad, ya que el trabajo que recae sobre los inspectores es harto complejo. La existencia de ese personal tampoco fue inventada por Cuba; esta opera en el sistema capitalista como autoridad competente.

La carta dirigida al Presidente por parte de los contestatarios expresa que los artistas pueden existir sin el Ministerio de Cultura, no viceversa, y llevan razón en esto. Pero, ¿podrían subsistir esos artistas firmantes sin los *crowdfunding*?, ¿podrían llamarse a sí mismos artistas sin ese Presidente y esa carta?

El director de la revista independiente *La Piraña*, el mexicano Homenic Fuentes, es un poeta talentoso, al igual que el resto de los colaboradores. Sin embargo, él ejerce como chef de cocina para sustentarse. ¿Estarán dispuestos estos artistas a hacer lo mismo?

ENTREVISTA A ALINA ESTÉVEZ, DIRECTORA DE RECURSOS HUMANOS DEL
MINISTERIO DE CULTURA

El 349, un Decreto en torno a la circulación del arte

Alexis Triana • Cuba

laJiribilla@cubarte.cult.cu

Desde hace varias semanas, un número de tres cifras recorre las redes sociales, cargando con culpas que nada tienen que ver con la regulación estatal a la cual responde. Tal normativa fue concebida como necesidad ineludible para los tiempos que corren y su puesta en contexto obedece a reclamos diversos de lo más sensible y valedero de nuestra vanguardia artística e intelectual. A propósito del tema, dialogamos con Alina Estévez, Directora de Recursos Humanos del Ministerio de Cultura de Cuba.

1. Este Decreto, sobre el que hay un grupo de preguntas y cierta polémica en el sector artístico, ¿es algo completamente nuevo o cuenta con antecedentes?

Sí, tiene antecedentes. La primera sección del texto contiene una reproducción exacta del Decreto No. 226, del 29 de octubre de 1997: “Contravenciones personales de las regulaciones sobre prestación de servicios artísticos”. Este se emite en el contexto del surgimiento y proliferación del trabajo por cuenta propia, la apertura a la inversión de capital extranjero y la creación de empresas mixtas. Además, tuvo como objetivo definir aquellas conductas, que por acción u omisión de las personas naturales, infringían las regulaciones jurídicas para la contratación de servicios artísticos, realizadas al margen del sistema institucional de la cultura y en detrimento de la imagen de nuestros creadores, y del arte en general. La ocurrencia de esas infracciones, denominadas contravención (o sea, una figura jurídica destinada a tipificar conductas que si bien ilícitas carecen de peligrosidad social -de lo contrario sería una conducta delictiva penal sancionable por el Código Penal-), conlleva la aplicación de una medida administrativa.

En aquel antecedente se prestaba especial importancia a que individuos sin calificación se presenten públicamente como artistas, incurriendo en una intrusión -se ha utilizado desde entonces ampliamente el término intrusismo para definir el alcance del Decreto No.226-. Las personas que incurren en estas conductas, además de infringir la ley, restringen las opciones de empleo a la masa de artistas de alto nivel que ha formado y/o profesionalizado el país.

Este nuevo Decreto responde además a una demanda de larga data de los artistas y escritores cubanos, expresada en distintos eventos de la UNEAC y la Asociación Hermanos Saíz. En estos foros, además del intrusismo, se ha criticado ampliamente la chabacanería, la vulgaridad, el mal gusto, la realización

mediocre de presentaciones y productos culturales diversos. Se han denunciado reiteradamente las ilegalidades, las incoherencias y las contradicciones que dañan profundamente las jerarquías artísticas. Las organizaciones de creadores se han referido a la contaminación del “clima sonoro” y a los símbolos y mensajes que contradicen nuestros valores éticos y estéticos.

Recuerdo que, hace apenas unos años, un Consejo de la UNEAC dedicó abundante espacio a una presentación muy mediocre ante turistas de un crucero - fíjate cómo aparecen los ingredientes presentes en el análisis desde 1997 y aún antes-, en la que incluso se consideró que se produjo un uso inadecuado de la bandera cubana. Recuerdo a intelectuales como Desiderio Navarro y Fernando Martínez Heredia reflexionando sobre el uso de los símbolos, este último en un texto extraordinario aparecido en *Cubadebate* por aquellos mismos días. Apenas unos meses después, otro consejo de la UNEAC distinguió entre aquel hecho y el uso de los símbolos en la creación de vanguardia, completamente justificado y cada vez más original y efectivo entre nuestros creadores de las artes plásticas.

Es perfectamente legítimo que una sociedad que aspira al crecimiento espiritual de la masa de su población preste atención a la formación del gusto y a la apreciación artística, a su fomento entre los ciudadanos y que, al mismo tiempo, adopte medidas en pos de las normas de convivencia, la decencia y el rigor en todo lo que se hace. Más allá de cualquier normativa específica, estas son demandas crecientes entre la población, como sucede por ejemplo con el enfrentamiento al ruido ambiental y la necesidad de mantener la higiene y la limpieza en todos los ámbitos, particularmente en el espacio público. Se trata al mismo tipo de medidas, orientadas hacia el bien público, que logran amplio consenso en nuestra sociedad.

De modo que, si ubicamos correctamente en contexto el Decreto 349 y sus propósitos, no es difícil colegir que el texto recibirá oposición de los que defienden la filosofía del “vale todo” y de que no hacen falta reglas porque el mercado puede tranquilamente ocuparse de eso. Por ese derrotero, los mediocres que necesitan la vulgaridad para ganar notoriedad, la discriminación, el desorden, las ofensas, las molestias al público y el mal gusto, tendrían -como ya tienen según la percepción de muchos ciudadanos- el camino libre para campear por sus respetos.

En un escenario en el que se producen violaciones arbitrarias de la política cultural del país, el Decreto 349 representa un paso de avance para detener la oleada globalizadora y sus imitaciones nacionales. También apuesta por resolver otro reclamo de la vanguardia artística e intelectual, el de detener el retroceso de la calidad del consumo cultural en amplios sectores de la población, específicamente en el campo de la música y el audiovisual.

Si comprendemos que abundan en la actividad cotidiana de instituciones estatales y en el sector no estatal presentaciones públicas y ofertas de bienes que no tienen nada que ver con el arte, es sencillo entender la necesidad de una regulación de esta naturaleza.

2. ¿Cuál es, entonces, el ámbito de aplicación del Decreto 349?

Según la lógica descrita, el Decreto 349 no constituye una normativa a aplicar estricta y exclusivamente al sector no estatal; pues, como se establece claramente en su letra, las infracciones pueden cometerse tanto en instituciones estatales como por personas naturales, con independencia de que sean o no trabajadores por cuenta propia. De lo anterior se infiere que relacionar el 349 solo y directamente con los cuentapropistas es, cuando menos, una manipulación interesada.

El Decreto, por otro lado, no cambia ninguna de las disposiciones existentes sobre la relación entre escritores y artistas con las instituciones estatales y no estatales que hoy les resultan afines. Tampoco se trata de una modificación del derecho de los artistas visuales a exhibir obras en sus estudios y a vender en estos las piezas de su autoría, aprobado desde 2007 y consagrado por la Resolución No. 984 de 2015, del Ministerio de Finanzas y Precios.

El perfeccionamiento del trabajo por cuenta propia, proceso necesario en la actualización del modelo económico cubano, unido a una creciente toma de conciencia sobre desviaciones evidentes en el funcionamiento de algunas instituciones estatales, condujo a la revisión y modificación de todas las normas asociadas a la actividad, las cuales se tornaban insuficientes para dar respuesta a las exigencias del nuevo momento de transformaciones que está viviendo el país. De ahí que el 349 exprese la intención de generar el marco adecuado para nuevas disposiciones, que amplíen y naturalicen (porque los bares privados, por ejemplo, ya existen y operan en este sentido), los diferentes escenarios de exhibición pública del arte, tanto en el sector estatal como en el no estatal. En otras palabras, el Decreto 349 da respuesta al actual entorno económico, social y político y refuerza la autoridad del Ministerio de Cultura en su función de orientar y ejecutar la política cultural del Estado y el Gobierno y de evaluar su puesta en práctica. Al propio tiempo, refuerza también la autoridad de la vanguardia artística e intelectual que ha sido tan exigente frente a estas deformaciones, línea de acción que, entre otras aristas, comprende la promoción de lo mejor del quehacer artístico en favor de la formación cultural y estética de la población.

A través del Decreto se tipifican y sistematizan conductas que violan normas jurídicas anteriores, a través de las cuales se fijan derechos, obligaciones y procedimientos en cada temática y que continuarán vigentes y regulando las relaciones entre el creador y las instituciones. Hay que entender que una cosa no sustituye la otra, sino que la complementa. Por ejemplo, la contratación de

servicios artísticos está regulada en la Resolución No. 70 de 2013 del Ministro de Cultura, las cuestiones en materia de derecho de autor están dispuestas en la Ley No. 14 de 1977, “Ley de Derecho de Autor”. En el caso de las artes plásticas y aplicadas existe un Decreto Ley, el No. 106 de 1988, con un grupo de normas complementarias que regulan la comercialización de sus obras. Existe además en el país una Ley de Símbolos Patrios, Cuba es signataria de Convenciones que protegen los derechos de la niñez y la infancia, hay regulaciones urbanísticas en materia sonora, etc. De manera que, cuando se incurre en alguna contravención de las tipificadas en el Decreto No. 349, es porque se ha violado algún aspecto del ordenamiento legal anterior.

El Decreto 349 es más amplio, pues además de abordar las conductas que violan las regulaciones para la contratación de servicios artísticos, incorpora otras que también atentan contra la política cultural. Serán por lo tanto destinatarios de esta norma las personas naturales y jurídicas que en su actuar, en el espacio público y en cualquier sector, realicen acciones promocionales y comerciales desconociendo el ordenamiento jurídico vigente, divulguen materiales que bajo un supuesto ropaje artístico sean lesivos a la moral, la ética, las buenas costumbres, irrespeten los símbolos patrios, efectúen actos discriminatorios por el color de la piel, género, orientación sexual, discapacidad.

3. En los debates en la prensa digital y en las redes sociales se ha promovido la idea de que el Decreto 349 atenta contra la libertad de creación artística y literaria. ¿Hay alguna razón para esta prevención?

El Decreto 349 no se refiere a la creación artística ni a sus contenidos, sino a la difusión, exhibición o promoción, sin amparo legal ni institucional, de producciones que en la mayoría de los casos carecen de valor estético. Esto quiere decir que el nuevo Decreto está llamado a operar sobre la circulación, no sobre la producción de la obra artística.

Ponderar, enaltecer y privilegiar la creación artística y literaria, diversa y plural en formas y estéticas, crítica pero comprometida con el proyecto social cubano; contribuir a la formación cultural de la población; así como combatir la mediocridad, la banalidad, el irrespeto, y el intrusismo profesional; son las premisas fundamentales de esta necesaria regulación. Esta ha sido, insisto, una demanda de los artistas y escritores cubanos, planteada sucesivamente en congresos, reuniones y otros escenarios, con el propósito de garantizar las mejores condiciones para su trabajo y la difusión de su obra.

Puede suceder que la terminología usada en el texto confunda y me parece importante detenernos en ese punto. Las palabras que se emplean para definir el marco de las contravenciones son “utilización” y “servicios artísticos”, expresiones que los juristas especialistas en la materia han acuñado hace tiempo. La primera se refiere a la exhibición o comercialización de soportes de obras

visuales, sonoras o audiovisuales; el segundo término se refiere a los espectáculos. Como ves, se trata de la exhibición, no de la creación. El artículo más descriptivo trata de los medios audiovisuales, o sea, de productos ya terminados, y tiene en cuenta el hecho harto conocido de que no es lo mismo la proyección de un material en la televisión o en una instalación gastronómica, sobre todo de videoclips con mensajes ofensivos hacia la mujer y la dignidad humana, que la de una obra audiovisual en el cine, o en circuitos especializados y espacios experimentales. En este caso, tanto o más que en otros, la participación de la institución cultural en el análisis y su relación con los creadores será decisiva para la toma de cualquier decisión. Téngase en cuenta que las manifestaciones discriminatorias, sexistas, ofensivas de la dignidad, groseras y chabacanas, son particularmente notables en determinado tipo de producción audiovisual. Fue precisamente en esto en lo que se meditó largamente durante la redacción del Decreto que ahora nos ocupa.

El Decreto 349 en definitiva no modifica en lo más mínimo la relación de los artistas con las instituciones del Estado, sean aquellos graduados de la enseñanza o autodidactas. Las formas de ordenar esa relación están establecidas hace tiempo y han sido perfeccionadas con los años, con independencia de que su funcionamiento no ha sido siempre eficiente. Pretender utilizar este nuevo Decreto para cuestionar esas formas de relación entre el artista y la institución no tiene nada que ver con la letra y el espíritu del 349.

4. ¿Por qué cree que el Decreto ha sido tan atacado?

Primero, porque pone orden en medio de una situación en la que hay espacios privados sin respaldo legal, otros estatales y privados que difunden música o audiovisuales ajenos a nuestra política y que para nada tienen que ver con la obra de nuestros artistas o promueven a intrusos sin talento alguno. Después, es obvio que los enemigos de la Revolución lo han manipulado y han orquestado una campaña en la que lo presentan como un ataque inexistente a la libertad de creación. Por último, porque existe -incluso entre compañeros serios- el temor de que, puesto en manos de funcionarios sin preparación, o de alguien extremista, el Decreto se convierta en una herramienta de censura. Esta prevención se vincula a las percepciones sobre la ineficacia de las instituciones, que, de no atenderse adecuadamente, pueden crear espacios de confluencia con las tendencias que pretenden la destrucción del sistema institucional para dejar que sea el mercado quien establezca las jerarquías.

Debo añadir la justa inquietud relacionada con formas de promoción del arte vinculadas al sector no estatal -galerías, estudios de grabación y otras- que se están analizando para elaborar normas jurídicas que les otorguen un marco legal que hoy no tienen.

5. Usted se ha referido a preocupaciones legítimas que contribuyen a esclarecer la información. ¿Hay algún otro tema que merezca ser comentado? ¿Puede adelantarnos algo sobre la aplicación del Decreto?

Estamos trabajando ahora en las normas complementarias, sin las cuales no podría entrar en vigor. Hemos tomado nota de cuanta preocupación ha despertado la eventual actuación incorrecta de los inspectores y ese es un asunto en el que estamos meditando mucho. Varios funcionarios de nuestro organismo han participado en debates con centenares de artistas de todas las manifestaciones y el análisis colectivo ha sido muy enriquecedor. Otros debates han estado asociados a los recientes eventos de la Asociación Hermanos Saiz, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Cultura, que acaban de concluir sus congresos, y al Consejo Nacional de la UNEAC, realizado a mediados de este mes. También se han sostenido reuniones con representantes de estas organizaciones de varias provincias. A partir de ello, las direcciones de la UNEAC y la Asociación Hermanos Saiz propusieron a un grupo de compañeros para trabajar en la redacción de las normas complementarias. Se ha hecho un ejercicio concienzudo y se han tenido en cuenta opiniones muy diversas, modelando cualquier escenario, incluso los más hipotéticos. Una cosa está clara y aparecerá así en las normas: el Decreto 349 no se aplicará a la creación artística ni los inspectores actuarán contra las instituciones culturales o los espacios de los artistas amparados por la ley. Como es natural, por el momento tampoco se actuará en aquellos espacios ya mencionados, que, aunque hoy no tienen amparo legal, se está trabajando en el diseño de políticas para regular su funcionamiento en consonancia con la política cultural del Estado.

Aunque la contravención sea una manifestación relativamente leve de la violación de la legalidad, todavía no constitutiva de delito, no vamos a tomar este asunto a la ligera, y es importante atender el debate que se ha suscitado, aun cuando ha habido mucha manipulación, sobre todo en las redes sociales, por parte de gente a quienes el arte y el bienestar de la población cubana no les interesa en lo más mínimo.

Un decreto no puede decirlo todo, por exhaustivo que pretenda ser. Las normas complementarias, como su nombre lo indican, esclarecerán muchas de las preocupaciones y otorgarán a la relación entre el artista y la institución un lugar privilegiado en la decisión sobre la intervención de los inspectores y en la prevención de cualquier desacierto. Queremos que haya mucha claridad en esto último y por eso se ha analizado cada detalle.

Tal como se ha concebido en la redacción de las normas complementarias, la implementación del Decreto se concentrará en contravenciones muy específicas, claramente definidas en la norma. El carácter obviamente lesivo a los intereses públicos de tales contravenciones no demanda de un ejercicio de interpretación a

ningún inspector, pues se trata de hechos y actitudes sobre cuya negatividad hay un abundante consenso. Hemos apreciado ese consenso en las discusiones sostenidas con los escritores y artistas, especialmente en los temas referidos a la contaminación sonora, la vulgaridad, la chabacanería y la presentación de productos de pésimo gusto y calidad en instalaciones gastronómicas de todo tipo. Se trata de cosas que están muy claras, que no pueden dar margen a la interpretación errada. Se establece una relación previa, profesional y útil, entre las instituciones y los representantes de las mismas que deben visitar las instalaciones. Divulgaremos y discutiremos ampliamente las normas complementarias, sobre todo entre los artistas y escritores. Como ha sido una práctica, una vez elaboradas, estas normas serán consensuadas con representantes de las organizaciones de creadores y del Sindicato de la Cultura.

Hay que revisar, a la luz de esta nueva norma, las funciones y composición de los equipos de inspectores. La misión de supervisión se hace más compleja y debe preverse que se cumpla para lograr el propósito de defender la creación auténtica en toda su diversidad. Se iniciarán en breve seminarios de capacitación de estos equipos. La norma complementaria es enfática en este punto.

También se dejará muy claro el derecho de los artistas aficionados a realizar y promover su labor. Esto es algo muy importante para evitar confusiones. Se trata de la capacidad demostrada por muchos autodidactas muy valiosos, de la labor de los aficionados de las universidades, las escuelas, las casas de cultura, las organizaciones y los centros de trabajo, y también de creaciones esenciales de la cultura popular, que son obra de aficionados y necesitan de la máxima protección y promoción. En pocas palabras: El Decreto 349 no es contra la creación ni contra los artistas, es para defenderlos. No es contra los aficionados ni contra las expresiones auténticas de la cultura popular. Es contra quienes pretenden dañarlos.

Tomado de *Granma*

Artículos Relacionados:

[Tocando fondo. A propósito de nuestros Derechos Humanos](#)

[Sobre la nueva cruzada contra el 349, o resumen de una estupidez 2.0](#)

[¿Quiénes y por qué están contra el Decreto 349?](#)

[Pensemos, al salvar la cultura, que estamos salvando la Patria](#)

[El 349, un Decreto en torno a la circulación del arte](#)

[Dossier sobre el Decreto 349](#)

[Decreto 349](#)